

Capítulo 6

El tapiz amarillo, de Charlotte Perkins: El descenso a la locura de una mujer que no deseaba ser madre

*Valeria Moncada León
Cynthia García Bañuelos*

DOI: <https://doi.org/10.61728/AE26003948>



Eje temático: Literatura en contextos vulnerables

El tapiz amarillo, relato de Charlotte Perkins,⁷ es uno de los textos más conocidos de la autora y de la narrativa norteamericana de principios del siglo XX escrita por mujeres. Si bien a casi un siglo de distancia el relato aborda temáticas visibilizadas en la actualidad, durante la época en que fue escrito era inusual tratar asuntos como la aceptación de un matrimonio y maternidad no deseados o la imposibilidad para desarrollar una carrera profesional.

La historia trata sobre una mujer que pasa el período posparto confinada en el desván de una casa, ya que, según su esposo y médico, su debilitada salud física y mental le impediría ocuparse del hijo recién nacido. A manera de relato de memorias del encierro, la protagonista cuenta sus impresiones sobre el lugar, los personajes y la situación.

El motivo central de la narración es un viejo y gastado tapiz pegado en una de las paredes de la habitación, que al principio solo incomoda a la protagonista, pero a medida que pasan los días, se obsesiona al punto de descubrir detalles inciertos e incomprensibles. Al final, crea una historia donde se asume como la salvadora de las mujeres que “habitan” el papel. El tapiz es su motivo para crear una historia, de tan limitada que ha quedado su vida ante la cura de descanso que le han impuesto su esposo y su hermano, ambos médicos. La protagonista pierde el derecho a expresarse a través de las palabras y, desea por contar historias, obtiene su principal inspiración literaria del tapiz.

El objetivo de este trabajo es analizar cómo aborda Charlotte Perkins Gilman (1860-1935) el tema de la locura femenina y cómo este se relaciona con la maternidad no deseada, según la perspectiva de *El tapiz amarillo*. Para lo anterior, se describirá la situación social, física y psíquica de la protagonista y cómo su vulnerabilidad en los tres aspectos, sobre todo el último, propicia que el esposo, hombre que detenta la autoridad familiar y médica, tome decisiones sobre la salud y estilo de vida.

⁷ Nace en 1860, en Connecticut, Estados Unidos, en un hogar de escasos recursos. En 1884 se casó con Charles Walter Stetson. Fue un matrimonio difícil. Tuvieron una hija que se quedó con su padre, después del divorcio en 1894. La escritora murió en Pasadena, en 1935 (Perkins Gilman (2018), prólogo de Cotarelo García, R.)

Finalmente, se analizará el descenso hacia la locura de la protagonista, es decir, el proceso que inicia con el encierro después de dar a luz, el descubrimiento del tapiz en la pared, la obsesión por encontrar cosas en este y construir una historia, límite con alucinaciones que ponen en duda su salud mental.

El estilo de *El tapiz amarillo* y su incursión en la narrativa neogótica

El gótico, estilo literario de autores de las postrimerías del siglo XVIII e inicios del XIX, en pleno apogeo del Romanticismo, enfatiza temáticas que escapan a explicaciones racionales. Los personajes centrales viven situaciones que no se explican siguiendo una metodología científica y, al final, terminan cediendo ante lo inexplicable. Los otros personajes e incluso los lectores atribuyen las experiencias a la locura. Los hechos tienen como escenarios ambientes lúgubres, oscuros, castillos medievales del estilo gótico, catacumbas, animales que habitan las profundidades de dichas habitaciones.

A principios del siglo XX, en la ficción literaria de países como Estados Unidos, se retoman algunos elementos de esta narrativa. La historia y el estilo del tapiz reúnen elementos del *neogótico norteamericano*: eventos sin una explicación lógica y racional para los demás personajes, ocurridos en la parte alta de una propiedad antigua. La protagonista pasaría a ser una prisionera que padece trastornos físicos y emocionales; ya no sería la trágica doncella a merced de oscuras fuerzas paranormales.

El gótico femenino, del que Perkins es heredera, se centra en relatos sobre el cuerpo de la mujer, la sexualidad y la reproducción. Este género representa las ansiedades y miedos de la mujer ante el parto y el nacimiento, así como su imaginario en cuanto a la creatividad artística y literaria. Es llamativo que las primeras teóricas del género que surgieron a raíz de los movimientos feministas de los años sesenta destacaran que el gótico expresaba “las protestas más oscuras, las fantasías y los miedos de las mujeres” (Piñeiro, 2001, p. 2).

Cabe resaltar que es relevante el concepto de narrativa neogótica en relación con la línea que guía este trabajo, enfocado en el personaje

femenino, la maternidad y la locura. En los años setenta del siglo XX, las críticas psicoanalíticas consideraron que uno de los temas más sobresalientes en estas narraciones era la maternidad como una experiencia corporal, centrada en las vivencias de la mujer. Las protagonistas góticas, antaño presas en el romántico castillo medieval, ahora están presas en su propio cuerpo, consecuencia de un embarazo no deseado o no entendido (Piñeiro, 2001, p. 2).

Volviendo a *El tapiz amarillo*, en sus acciones y personajes retrata aspectos del neogótico que posteriormente ha rescatado la crítica feminista, como el encarcelamiento de los cuerpos, la imposición del matrimonio, la maternidad y los roles derivados de estas condiciones. El tema principal de este trabajo, relacionado con los anteriores, es la imposición de etiquetas a las mujeres que presentan trastornos mentales, perpetuadas desde la antigüedad y que los abordaban en tiempos de Charlotte Perkins bajo términos de histeria o neurastenia. Los hombres, en vista de la supuesta debilidad de las mujeres, tendrían autoridad para imponerles tratamientos humillantes, riesgosos y perpetuadores del encierro.

Considerando aspectos biográficos de la autora, es posible suponer que, además de autoficción, *El tapiz amarillo* es un discurso para denunciar el poder autoasignado que algunos hombres ejercen sobre las mujeres mediante el encierro y tratamientos que las vuelvan seres dependientes de figuras masculinas, tales como el padre, el esposo o el médico. Y, no conformes, adjudicarían etiquetas disfrazadas de diagnósticos médicos que coarten la libertad de pensamiento, acción y movimientos de las mujeres. La narradora es clara al respecto:

Si un médico de prestigio, que además es tu marido, asegura a los amigos y a los parientes que lo que le pasa a su mujer no es nada grave, solo una depresión nerviosa transitoria (una ligera propensión a la histeria), ¿qué se le va a hacer?

Mi hermano, que también es un médico de prestigio, dice lo mismo. O sea, que tomo no sé si fosfatos o fosfitos, y tónicos, y viajo, y respiro aire fresco, y hago ejercicio, y tengo terminantemente prohibido “trabajar” hasta que vuelva a encontrarme bien.

Personalmente disiento de sus ideas. Personalmente creo que un trabajo agradable, interesante y variado, me sentaría bien (Perkins, 1893, p. 2).

El cuento está narrado desde la perspectiva de la protagonista, quien cuenta su propia historia durante su estancia de descanso en una propiedad rentada. Los microrrelatos sobresalientes son tres: la llegada a la casa y las restricciones impuestas por los médicos; el descubrimiento del tapiz y la obsesión con él; y la creación de una historia: el descenso a la locura.

La narración inicia con la descripción de la propiedad que ha alquilado el esposo —un afamado médico—, donde se han mudado mientras reparan su casa y pasan la depresión posparto, mientras ella sigue una estricta cura de reposo que solo consiste en comer y dormir. Además de seguir recomendaciones sanitarias que competen a cualquier persona (alimentarse bien, tomar el sol, hacer ejercicio), aquello que hace dudar a la protagonista son las prohibiciones de realizar actividades placenteras y que, según ella, la apoyarían en su salud mental, por ejemplo, la escritura.

Personalmente, pienso que si tuviera un trabajo agradable, excitante y novedoso, me sentiría mejor. Pero ¿qué puede uno hacer? Escribo a pesar suyo, pero me agota en exceso hacerlo a hurtadillas o enfrentarme a una fuerte oposición. A veces se me ocurre que en mi condición nerviosa si no tuviera tanta oposición y más compañía y más estímulos... pero John asegura que lo peor que me puede pasar es pensar en mi salud; debo confesar que siempre me hace sentir mal (aunque no hacerlo me perjudica mucho más) (Perkins, 1893, p. 3).

Después de algunos días en la propiedad, la protagonista presta atención a las paredes, decoradas con un tapiz amarillo desteñido por el sol que lo quema a todas horas del día. La falta de actividades la lleva a obsesionarse con el pedazo de papel. Sin embargo, su mente de mujer curiosa y limitada por las circunstancias la conduce a construir ficciones sobre

la historia del papel. Al final, su cordura queda en duda cuando imagina que el tapiz tiene vida y movimiento propios y dentro de él “habita” un grupo de mujeres que intentan salir. La protagonista, minutos antes de dejar la casa, arranca el tapiz para dar libertad a las mujeres.

La complejidad para escribir y expresarse en un medio poco propicio y con numerosas restricciones no coarta su creatividad: el encierro impuesto que vive encuentra vías de escape. Y si bien son importantes temas como la maternidad impuesta y sus consecuencias, la narradora no enfatiza en ellos y los deja de lado, para centrar su atención en el muro cubierto con papel amarillo. El tapiz es el punto de interés, ya que muestra cómo un objeto irrelevante se convierte en tema y motivo de la escritura de ficción, actividad emparejada con la locura, si consideramos los puntos comunes entre las fantasías alucinatorias y la ficción.

La situación social de la narradora

Si bien se ha escrito que el relato es autobiográfico de una etapa de la vida de Charlotte Perkins cuando da a luz y pasa por una depresión posparto, no es el objetivo profundizar en la situación social de la autora, sino en lo que la narradora cuenta de sí misma y su situación.

No se especifica la edad de la protagonista, pero el hecho de haber dado a luz recientemente, en un contexto específico del siglo XIX en los Estados Unidos, hace suponer que se trata de una mujer entre los veinte y los treinta años, etapa fértil de la vida femenina y socialmente aceptada para concebir.

Su esposo es médico, lo que supone una posición social y económica sin carencias materiales. La mención de la casa propia, remodelación y el alquiler temporal de otra confirma la opción de un matrimonio joven sin penurias económicas. Igualmente, menciona que su hermano es médico, lo cual refiere a una familia acomodada en lo social y lo económico, probablemente no millonarios, pero sí una familia de profesionistas.

La protagonista no confirma si se dedicaba a alguna actividad remunerada antes del parto; solo menciona su gusto por escribir, una actividad catártica que requiere en esa etapa de su vida. La situación por la que pasa es difícil, pues, por indicaciones de su esposo y médico, se encuentra inactiva. Sin embargo, a pesar del silencio impuesto, crea una historia y da

cuenta a los lectores de que las mujeres dentro del tapiz deben ser liberadas y ella se asume como salvadora y heroína literaria. Los roles de género que debería cumplir en ese momento: esposa, madre y ama de casa, no los realiza, por la incapacidad resultante del trastorno mental posparto.

La imposibilidad de no cumplir con los roles de género no le provoca desasosiego; se conforma con que el bebé esté bien cuidado por su cuñada, mujer que, según el relato, sí merece el título de ama de casa y madre. La narradora se resigna a depender de su esposo y él, con la autoridad de marido y médico, la inutiliza e infantiliza, pretextando su vulnerabilidad física, emocional, económica y social. Él decide todo lo que ella debe y no debe hacer (así lo narra el relato):

Y el bueno de John me tomó en brazos, me llevó arriba, me puso en la cama y me leyó hasta que se me cansó la cabeza. Dijo que yo era la niña de sus ojos, su consuelo, lo único que tenía en el mundo; que tengo que cuidarme por él, y ponerme bien. Dice que de esto solo puedo salir yo misma; que tengo que usar mi voluntad y mi autocontrol, y no dejarme vencer por fantasías tontas (Perkins, 1893, p.5).

La protagonista es madre por haber dado a luz, aunque solo lo sea por la cuestión biológica y porque se trata de uno de los roles más importantes en la época en que fue escrito el cuento. Sin embargo, la protagonista no puede cumplir con el rol reciente, ya que de hacerlo pondría en riesgo la salud y la vida del recién nacido, y la actividad la cumple una mujer de la familia, preparada para ello.

La protagonista está casada, estado civil normal a finales del siglo XIX, fecha de la escritura del cuento. Sin embargo, tampoco cumple con ese rol, aparentemente por la incapacidad que le provoca la ausencia de salud. Nunca narra detalles sobre la relación afectiva y/o sexual con su esposo. Él la trata como si fuese una niña y no dirige las palabras y halagos propios de un hombre cuya esposa ha dado a luz.

Se porta muy amable y cariñoso conmigo y casi no me deja mover si no es bajo su dirección. Ha trazado rigurosamente mis horarios. Me evita cualquier problema, por eso me siento mezquina y desagradecida por no apreciarlo como debiera. Dice que solo ha venido aquí por mí, para que descanse y tome todo el aire que necesito. “Puedes hacer ejercicio si tienes fuerzas, querida —me dijo—, y la comida depende más o menos de tu apetito, pero el aire puedes aprovecharlo todo el tiempo” (Perkins, 1893, p. 4).

En cuanto al rol de ama de casa, es decir, dedicarse a las labores domésticas, tampoco existe, por el motivo de la pérdida de la salud. Socialmente, la protagonista no cumple con los roles de género propios de las mujeres de su época. Tampoco desempeña actividades remunerativas económicamente ni dentro ni fuera de casa. Esta actividad es solo desempeñada por el marido y las primeras por una mujer de la familia.

Considerando la descripción de la protagonista, se puede concluir que existe una estructura social que la respalda, según esquemas decimonónicos: está casada y ha dado a luz; sin embargo, su situación íntima y familiar es poco usual, pues no ejerce los roles de esposa ni madre. Es como una niña enferma a la que hay que cuidar y que provoca molestias e inconvenientes a la familia. Surge entonces la cuestión sobre si la maternidad enferma a algunas mujeres; o que algunas de ellas, sobre todo las susceptibles de desarrollar trastornos mentales, no deberían ser madres, por el riesgo que implica para sus hijos y su entorno.

Según la postura de la narradora, la maternidad no es para todas las mujeres, pero las estructuras de poder creadas y ejercidas por hombres las condicionan a tener hijos, independientemente de sus deseos y expectativas. Discusión que cien años después sigue vigente: las mujeres están preparadas naturalmente para concebir, pero las necesidades y estructuras sociales las obligan a ejercer el rol de madres, quieran o no. El mecanismo de defensa para evitarlo es primero la evasión y después la locura. Quizás, en el medio se encuentra la ficción literaria, pero si dichas estructuras patriarcales tampoco lo permiten, solo queda el descenso a la locura.

Hay cosas en el tapiz que solo yo conozco y que nadie más conocerá. Cada vez son más visibles los tonos más opacos que se encuentran detrás del tramado principal. Tienen la misma forma pero es más abundante. Es como si una mujer se inclinase y se arrastrase furtivamente detrás del tramado. No me gusta nada. Me pregunto —empiezo a pensar— ¿si no preferiría que John me sacase de aquí! (Perkins, 1893, p.12-13).

Situación física y corporal

La protagonista transita por una situación física vulnerable. Experimenta una debilidad que le impide hacerse cargo de su recién nacido, de sus labores domésticas y de la atención a su marido y, si bien no lo menciona de forma explícita, también de tener intimidad sexual con él, insinuando infidelidad por las menciones de que él acostumbra a ir a la ciudad seguido. Su marido la obliga a consumir brebajes, suplementos y comidas copiosas, todo por el beneficio de su salud. Ella carece del derecho a decidir sobre su propia alimentación y régimen de actividades físicas.

Situación psíquica

La parte orgánica está relacionada con la psíquica: el insomnio y la debilidad física son causa y consecuencia del estado psíquico, es decir, el insomnio promueve la fatiga diurna y, a su vez, es una manifestación de depresión. Los estados físicos y psíquicos narrados se retroalimentan en un círculo vicioso, del que, según la protagonista, solo podría salir si le permitieran escribir, actividad rechazada por su marido-médico y por su entorno en general.

Cabe el cuestionamiento de si la autora, a través de su personaje, denuncia la autoridad masculina y a la sociedad en general, quienes imponen roles y estilos de vida a las mujeres, que, de no concientizarse, podrían desencadenar trastornos emocionales. Ya analizábamos que socialmente, se trata de un personaje que goza de privilegios económicos, así que las carencias materiales estarían fuera de las variables que detonarían la enfermedad mental. No se trata de una mujer que no tenga acceso a servicios de salud, de vivienda, de alimentación digna; incluso tiene la posibilidad de ser ayudada en las labores que socialmente le corresponderían.

Inicialmente, el tapiz tenía la función de despertar su curiosidad y entretenerla de la monótona vida de encierro. Sin embargo, al pasar el tiempo, la fijación la hizo ver cosas que no existían (a menos que al relato se le diese el giro interpretativo desde el enfoque de lo paranormal), pues nadie en la casa veía más que un viejo pedazo de papel. Solo ella veía formas humanas que acaban convirtiéndose en mujeres que luchan por salir. Y si bien se entiende la metáfora de Charlotte Perkins sobre el encierro forzoso de los cuerpos femeninos, en el plano del relato no existe justificación lógica para las imágenes que solo ella visualiza. La protagonista experimenta lo conocido como alucinación visual, detonada por la debilidad física, el puerperio, el encierro, la imaginación desbordante y, quizás, la susceptibilidad genética.

[...] las alucinaciones visuales elementales, sin forma, se asocian con la patología del lóbulo occipital, mientras que alucinaciones bien formadas y escénicas se asocian con la patología del lóbulo temporal. Ffytche ha sugerido que el contenido de la alucinación puede ser relevante para conocer la patología subyacente y, en consecuencia, ha propuesto dos síndromes en función del mismo. En el primero, los pacientes describen una gama alucinatoria que va desde líneas, puntos, flashes o colores hasta figuras extrañas y complejas, extravagantes en su aspecto, vestuario y colorido. Las alucinaciones duran segundos o minutos, no se acompañan de otros síntomas y se originan por un aumento transitorio de la actividad del córtex visual que condiciona el contenido de la alucinación [...] Algunos autores consideran que las alucinaciones visuales también son frecuentes en la esquizofrenia. En general, se acompañan de otras alucinaciones (auditivas, cenestésicas) y delirios, menor *insight*, nivel de conciencia normal y poseen una mayor significación personal (Luque, 2007).

Los cuestionamientos sobre roles de género

Respecto al tema de los roles sociales de género, se encuentra uno de los principales cuestionamientos de la narradora: ¿Todas las mujeres deberían ser esposas, madres y amas de casa? ¿Existe un determinismo

que las haga amar a los hijos? Desde la perspectiva de la narradora (y probablemente también de la autora, Charlotte Perkins), las mujeres son biológicamente capaces de ser madres. Sin embargo, algunas no desean serlo y, si lo son biológicamente, no estarían determinadas a desempeñar un rol impuesto por usos y costumbres.

La protagonista no adolece de carencias materiales ni redes de apoyo que le dificultarían asumir la maternidad (no es lo mismo una mujer de escasos recursos y bajo nivel educativo que deba satisfacer necesidades básicas antes que entregarse a la maternidad). La protagonista y narradora de *El tapiz amarillo* simplemente no desea asumir el rol y está consciente y a la vez no. Las circunstancias sociales y costumbres de su contexto la orillan a contraer un matrimonio y una maternidad no deseada, pero la locura la “salva”. Las alucinaciones son su refugio y su alternativa a un mundo y una realidad que no le agradan.

La mente y el cuerpo están conectados e interrelacionados. La depresión posparto funciona para la protagonista como un mecanismo de defensa corporal y mental para no hacerse cargo de un hijo recién nacido y quizás no deseado. El cuerpo expresaría con ciertos malestares el conflicto psíquico y, aunque es difícil comprobar esta hipótesis en lo concerniente a la depresión posparto, es una posibilidad para explicar los trastornos físicos y psíquicos que desencadenan la locura de la protagonista.

La maternidad biológica vuelve locas a las mujeres, frase que insinúa *El tapiz amarillo*. La maternidad no deseada y la vulnerabilidad resultante son aprovechadas por la sociedad y los hombres para someter al encierro como castigo a las mujeres no interesadas en cumplir con los roles de género. La protagonista no desea asumir el rol y lo evade enfermándose física y psíquicamente; el esposo la encierra, bajo pretexto de que es un peligro para ella y para el bebé. El encierro agudiza la enfermedad mental que estaba presente, detonada por la maternidad biológica. El resultado es el brote psicótico, caracterizado por alucinaciones originadas por un simple pedazo de papel en la pared.

El cuento fue escrito por una Charlotte Perkins ya siendo madura (1893), después de su propia experiencia con la maternidad no deseada y la pérdida de su hija, así que sabía por qué escribía lo que escribía. No cabe duda de que no le eran ajenos los discursos masculinos de la época en los que los trastornos mentales y emocionales de las mujeres eran reducidos a la etiqueta

de histeria. Según estos discursos, la histeria es consecuencia de la sexualidad y la vida reproductiva de la mujer, enfatizando la insatisfacción sexual que provoca síntomas psíquicos que se manifestaban a través de trastornos físicos.

La novedad en el cuento es que, si bien la protagonista dice tener síntomas emparejados con la histeria: insomnio, fantasías, nervios, cansancio, debilidad corporal, no son por insatisfacción sexual, sino por la incapacidad de conectarse con su recién nacido y por no asumirse como mujer en los planos biológico y social. La biografía de la autora da cuenta de su amor por dos mujeres en concreto y por el abandono de su única hija biológica. Es evidente que la autora comparte rasgos con la protagonista de su relato.

Existe diferencia considerable entre tener un hijo y ser madre. La protagonista (y también la autora) ha tenido un hijo, pero no es madre y, durante el tiempo del relato, no manifiesta un apego afectivo con el recién nacido. Solo se podría vislumbrar algo de interés cuando menciona que qué bueno que el bebé no esté con ella en la misma habitación, pues no le gustaría exponerlo al tapiz, como si el tapiz tuviera vida.

En vista de lo anterior, más que una denuncia hacia la sociedad patriarcal que “obliga” a las mujeres a tener hijos y ser madres, es notorio en *El tapiz* que a veces las mujeres desean tenerlos por motivos difíciles de explicar. La protagonista nunca menciona si quería tenerlo y cuáles eran sus objetivos o si de alguna forma se sintió obligada. Es claro que no es madre de acuerdo al canon social, según el cual la madre debería cumplir con los roles de cuidadora, protectora y la que ama a sus hijos por encima de ella misma. En *Nacemos de mujer*, Adrienne Rich afirma:

El poder de la madre presenta dos aspectos: la energía o capacidad biológica para concebir y alimentar la vida humana, y el poder mágico con el que los hombres han investido a las mujeres ya sea como culto a la diosa o como temor de ser controlados o abrumados por mujeres. [...] En cambio, sabemos mucho más de cómo, bajo el patriarcado, la posibilidad femenina ha sido literalmente aniquilada en beneficio de la maternidad. Muchas mujeres, a lo largo de la historia, han sido madres sin elegirlo y, más aún, han perdido sus vidas al traer vida al mundo (Rich, 2019, p.59-60).

La protagonista no cumple sus funciones y le son delegadas a otra mujer de la familia. El tema de la maternidad pasa a segundo término desde que se obsesiona con el tapiz en la pared y la narración cambia de dar cuenta de su convalecencia y cuarentena a contar su descenso hacia la locura, al que contribuyen aspectos biológicos, sociales y emocionales propios de la etapa posterior al parto.

El parto es una separación rápida y definitiva de la madre y el hijo, después de varios meses de estar unidos. Las consecuencias a nivel físico y biológico son evidentes; sin embargo, desde la perspectiva psíquica, poco considerada, hay un impacto importante en lo emocional. La mujer experimenta la separación simbiótica cuando da a luz. Y esto, aunado a los cambios bioquímicos y físicos que ocurren en su cuerpo, explica el estado vulnerable del posparto. Y si además incluimos las exigencias sociales de asumir el rol de madre, para el que no todas las mujeres están listas, es entendible el período depresivo por el que se transita.

Desde este momento emerge una ruptura de la simbiosis psíquica, pudiendo experimentar la pérdida del estado de plenitud que le otorgaba la sensación de estar en un estado infantil, lo cual es vivido como una pérdida de objeto. La madre pasa de un estado narcisista a la realidad de dos cuerpos separados, en donde este último exige cuidados especiales (Torres Sepúlveda, 2012, p. 34).

La protagonista del relato reúne las condiciones para padecer depresión posparto. Si bien no se especifica la edad del bebé ni el estado mental de la mujer previo al embarazo y al parto, es evidente que su salud mental es frágil; por ello, la narración, enfocada en el tapiz definitivamente es el relato del camino hacia la locura de la protagonista, detonado por el puerperio, pero que sin duda ya existía una tendencia a desarrollarlo.

El descenso a la locura

El cuento se puede clasificar dentro de la narrativa de terror, donde se abordaría que el tapiz y los seres que salen de él no son alucinaciones, sino

que son hechos que no tienen una explicación lógica y que son, efectivamente, apariciones que atormentan a la protagonista. Sin embargo, si así fuese, ¿no los verían también los demás habitantes de la casa? El esposo y la cuidadora ven el tapiz como un defecto de las paredes, no como un hecho inexplicable, así que esta explicación no tendría gran razón de ser.

La protagonista va de menos a más en cuanto a su relación con el tapiz. Al principio solo le genera incomodidad por desentonar con el resto de la habitación. Pero después lo ve moverse, cambiar de tonalidades de amarillo según la hora del día y las posiciones de la luna y el sol. Después cree que tiene varias capas y que una mujer “vive” dentro de él. Momento epifánico al final, cuando ya no es solo una mujer, sino varias que se arrastran de noche y también de día. Concluye percibiendo un olor extraño proveniente del tapiz e intentando “sacar a las mujeres” que se encuentran en él, durante su último día de estancia en la habitación.

¡Me parece que la mujer sale de día! Y les diré por qué, así en secreto, ¡porque la he visto! ¡La puedo ver afuera desde cada una de mis ventanas! Es la misma mujer, lo sé bien, porque siempre entra sigilosamente y la mayoría de las mujeres no se arrastra durante el día. La veo en ese sendero muy sombreado, arrastrándose hacia arriba y hacia abajo. La veo también en las oscuras pérgolas cubiertas de vides, arrastrándose por todo el jardín. La veo igualmente en el largo sendero bajo los árboles, arrastrándose, y cuando pasa un carruaje se esconde debajo de las zarzamoras. No la culpo en absoluto. Debe ser muy humillante que la descubran a uno arrastrándose durante el día (Perkins, 1893, p. 19).

Es posible afirmar que la autora, a través de la protagonista, no solo denuncia a la sociedad que obliga a las mujeres a ser madres, sino que narra el proceso de una mujer cuyo parto, depresión, confinamiento y tratamiento inadecuado e impuesto sin su voluntad provocan un rápido descenso hacia la locura. El haber dado a luz es mero pretexto para algo que hubiera ocurrido de todas formas.

El hecho de que las imágenes que cree ver desprendidas del tapiz sean de mujeres arrastrándose se relaciona con mujeres que quieren salir de

algún lugar con barrotes (cárcel, manicomio, estructuras patriarcales), incluso arrastrándose y esforzándose. ¿Metáfora de mujeres que buscan su liberación del yugo social? Si continuamos la interpretación desde el paradigma de la narrativa de terror, ¿la casa se utilizó en el pasado con fines de encerrar mujeres, cárcel, manicomio, sanatorio de algún tipo que ahora se aparecen ante otra mujer para prevenirla de lo que le podría ocurrir? Las preguntas son interesantes líneas de interpretación de este cuento. Sin embargo, retomemos el objetivo central relacionado con la locura, detonada por la reciente maternidad de la protagonista.

Las mujeres, antes y después del parto, tienen alteraciones hormonales, lo cual afecta el ánimo, el sueño y el apetito, entre otros aspectos de la vida; su vida se ve alterada. La maternidad, deseada o no, representa un hito muy importante, sobre todo cuando se trata del primer hijo. Las exigencias sociales para cumplir el rol desencadenan una serie de mecanismos de adaptación entre el deseo y el deber, es decir, entre el instinto y la cultura. La madre desarrolla mecanismos de defensa psíquicos para mediar entre el principio del placer y el de realidad. Anna Freud (1949) define los mecanismos de defensa como: “aquellos medios psicológicos que el yo utiliza para solucionar los conflictos que surgen entre las exigencias instintivas y la necesidad de adaptarse al mundo de la realidad, bajo determinadas influencias del ambiente familiar y social” (p. 12).

El conflicto central en *El tapiz amarillo* es que la protagonista no ha logrado adaptarse a la nueva situación que implica ser madre (probablemente también esposa y ama de casa). Los mecanismos de defensa, propios del neurótico y derivados de la represión, no le funcionan y, a cambio, desarrolla una obsesión con un objeto: el tapiz. Si los mecanismos de defensa no funcionan para adaptarse, el riesgo del brote psicótico se acentúa.

Entonces brotan las exigencias instintivas de aniquilar al ser no deseado, el hijo recién nacido que es un extraño. Pero como la sociedad insiste en exacerbar el papel de la madre que automáticamente se enamora del hijo cuando nace y lo cuida y protege abnegadamente, se da la lucha entre el instinto y la realidad. La protagonista de nuestro relato evade los deseos inconfesables, primero con la depresión, luego con la somatización, el desplazamiento de todo su interés a un objeto y, por último, la locura.

Siguiendo a Anna Freud (1949), en la neurosis de los adultos, los deseos instintivos luchan por adentrarse en la conciencia y/o buscar su

satisfacción. Como no es posible lo anterior, culturalmente hablando, puesto que hay prohibiciones y reglas y, además, el superyó lo impide, aparece el mecanismo de defensa. Su fuerza o debilidad depende del yo y el combate que emprende en contra de los instintos. Si el yo es fuerte, ganará la lucha apoyado por el mecanismo de defensa correspondiente; en caso contrario, el yo se debilita (ya era débil de por sí) y queda a expensas de la psicosis, como ocurre con la protagonista del cuento.

A pesar de los mecanismos de defensa, la protagonista termina cediendo a su obsesión por el tapiz, que le hace perder la cordura. Si seguimos la línea de que solo ella ve diversas escenas en el tapiz, concluimos que este es un pretexto, un objeto de desplazamiento de sus propios instintos. Sin embargo, en un punto pierde el contacto con la realidad y el tapiz deja de ser un objeto y se transforma en la imagen de sus deseos: huir, aunque sea arrastrándose, pero huir de la casa y de la vida que alguien más ha decidido que debería vivir.

Referencias

- Freud A. (1949), *El yo y los mecanismos de defensa*, Buenos Aires, Paidós.
- Luque, R (2007) Alucinaciones: Revisión histórica y clínica. https://www.informacionespQuiatricas.com/antiores/info_2007/03_189_10.htm
- Perkins Gilman Ch (2018). *Matriarcadia*, España, Akal.
- Perkins Gilman, Ch (1893) "*El tapiz amarillo*". [https://upotv.upo.es/uploads/material/623d9d02abe3c6cf688b4568/Charlotte%20Perkins%20Gilman%20\(1892\)_El%20papel%20amarillo.pdf](https://upotv.upo.es/uploads/material/623d9d02abe3c6cf688b4568/Charlotte%20Perkins%20Gilman%20(1892)_El%20papel%20amarillo.pdf)[https://upotv.upo.es/uploads/material/623d9d02abe3c6cf688b4568/Charlotte%20Perkins%20Gilman%20\(1892\)_El%20papel%20amarillo.pdf](https://upotv.upo.es/uploads/material/623d9d02abe3c6cf688b4568/Charlotte%20Perkins%20Gilman%20(1892)_El%20papel%20amarillo.pdf)
- Piñero, Gil (2001). Pesadillas góticas con cuerpo de mujer en la literatura norteamericana. https://repositorio.uam.es/bitstream/handle/10486/11850/58397_5.pdf?sequence=1
- Rich A. (2019) *Nacemos de mujer*, Madrid, Traficantes de sueños
- Torres Sepúlveda, P (2012) La Experiencia maternal y sus Mecanismos de defensa. <https://bibliotecadigital.academia.cl/server/api/core/bitstreams/8103225a-ce27-476a-8ffd-632d9ea29f80/content>,

